

VIDA Y ROMANCE

POR RAMIRO DE MAEZTU



Oriente y Occidente

QUIERE fundar el señor Rabindranath Tagore una Universidad donde la fusión de las culturas de Oriente y Occidente produzca los tipos de hombres que establezcan el día de mañana la Liga de la Humanidad, que será la verdadera Liga de los pueblos. El poeta sabe bien las dificultades de la obra. «Oriente es Oriente; Occidente es Occidente, y nunca se encontrarán los dos», dicen dos versos ya proverbiales en donde se hable inglés. Y el propio señor Tagore ha planteado el problema:

«Aunque el mundo occidental haya reconocido por maestro al que osadamente proclamó su unidad con el Padre, al que exhortó a sus fieles a ser perfectos, como es perfecto su divino Padre, el mundo occidental no se ha reconciliado nunca precisamente con la idea de nuestra unidad con el Ser infinito. Condena como blasfemia toda pretensión del hombre al devenir divino. Y esta condenación no era la idea que predicaba el Cristo, ni tampoco, acaso, la de los místicos cristianos; pero parece haberse hecho popular en el cristianismo occidental».

Para enojo del señor Tagore, no se trata de una idea que sea meramente popular, sino del credo de los doctores de la Iglesia. Esta es la creencia del Occidente. La personalidad de Dios separa al Creador de la creación. Dios está en todas partes, pero las criaturas no están en Dios. Cristo nos manda que seamos perfectos «como» el Padre, pero no nos dice que seamos «el» Padre. Y además del abismo infranqueable que separa la criatura del

Creador, hay la muralla de pecados con que el hombre se separa de Dios, y el justo peca, por lo menos, siete veces al día.

Toda la obra del señor Tagore, por lo menos los seis u ocho libros suyos que he leído, es una protesta contra esta creencia central del Occidente. El señor Tagore se me aparece en esos libros como un místico con un mensaje único: el de estas palabras de sus «Pájaros perdidos»: «Lo que tú eres, no lo ves; lo que tú ves, es tu sombra». Por encima y por debajo de nosotros se halla nuestro ser verdadero, que es al mismo tiempo el Ser Universal. «Así como la mano se mueve sobre el arpa, y las cuerdas hablan, así habla en mis miembros el espíritu del Señor, y yo por su amor hablo». «Me has tomado como asociado de tu opulencia. En mi corazón se juega el juego sin fin de tus delicias. Por mi vida cobra incesantemente forma tu querer». «Me has hecho infinito, tal es tu placer». Y no sigo acumulando citas porque toda la poesía del señor Tagore—copiosa, delicada, enternecedora, sentimiento puro, pero sentimiento de las supremas esencias del mundo—afirma un aspecto humano que es una sola cosa con el Brahma. Las estrellas sonríen cuando alguien dice que falta alguna cosa en la creación: «¡Vana es la busca! Una perfección no interrumpida se encuentra dondequiera».

El mensaje del señor Tagore es muy halagüeño para nuestro amor propio. A todos nos es grato que nos digan que somos mucho más de lo que habíamos pensado. Tampoco es la primera vez que oímos palabras parecidas, porque hace varios siglos que el pensamiento occidental anda muy mezclado de ideas orientales y nunca estuvo libre de ellas. Es probable que no aplaudamos en una reunión pública sino al orador que nos persuade de que merecemos todo lo bueno que tenemos y mucho más que no nos dan los hombres malos; pero cuando nos quedamos a solas volvemos a convencernos de que somos muy poquita cosa y de que el Creador tiene que ser de una esencia superior a la nuestra, con lo que el Occidente vuelve a ser Occidente y recobra su credo de descontento, de esfuerzo y de progreso.

Misticismo

ACABO de pasar dos días en Bilbao. Me he encontrado con que el tema de conversación de mis amigos no es tanto la crisis de la Bolsa, o de la industria, o de la hacienda pública española,

como los sermones que un dominico asturiano, el P. Arintero, ha venido pronunciando en la parroquia de San Nicolás. El padre Arintero es un místico. Cruza las calles con la mirada ausente o baja, y paso largo, rápido y desigual. Habla con fortísimo acento asturiano y con la elocuencia desentonada de los sordos, por lo que ha de prestársele concentrada atención para seguirle, lo que no quita para que su unción y copia de doctrina impongan la atención al oyente. Dirige en Salamanca una revista, que se titula «La vida sobrenatural»; ha escrito numerosos libros religiosos, y sus sermones de Bilbao se han dedicado; en cuanto he podido apreciar su sentido, a recordar y vulgarizar la doctrina tomista, que coloca al Espíritu Santo a la cabeza de nuestra vida sobrenatural, al modo que la razón se encuentra a la cabeza de la vida moral, y a sugerir caminos para que la presencia del espíritu se nos muestre en sus siete dones, que nos serán concedidos, por derecho propio, si le obedecemos; caminos que el dominico asturiano halla, especialmente, en la oración y el culto de María, y en la obediencia al Espíritu Santo.

Los comentarios que estos sermones suscitaban eran de todo género. Unos amigos se alegraban al oír predicaciones que no se contentaban con proponer a las ovejas respeto a los pastores, sino que las invitaban a alzar los ojos por su cuenta. Otros se alarmaban ante la contingencia de una resurrección del misticismo, que es una aristocracia de iniciados, y no un camino de salvación para las masas de los pueblos. Un erudito hacía comparaciones de lo oído con las doctrinas de los iluministas. Otro hablaba de la «vía unitiva». Una señora decía, finalmente, que de tal modo le hacían pensar esos sermones, y los comentarios que habían suscitado, en las controversias de otros siglos, que le parecía estar viendo un buen vargueño.

Y si se les ocurre a los lectores que este género de preocupaciones religiosas y místicas no parecen propias de una ciudad esencialmente industrial, comercial y bancaria, como es la villa de Bilbao, recordaré para tranquilizarles que el dinero se ha producido siempre en países, ciudades o clases sociales caracterizadas por su religiosidad, y ello a pesar del voto de pobreza que hacen los individuos de las Ordenes religiosas, y que no parece sino que la riqueza es el octavo de los dones del Espíritu Santo, si el padre Arin-